

Tiene una nariz roja, grandisima, y guantes colorados y ojos colorados...

EL SEÑOR LUPESCU

Por Anthony Boucher

ILUSTRACIONES DE LISA

As tazas chocaron sobre los platillos, y las llamas aletearon sobre los leños en la chimenea.

—Alan, me gustaría que pudieses hacer algo por Bobby.

-¿No es más bien Roberto el que debe hacerlo?

—Ya conoces a Roberto. Está tan ocupado haciendo el bien en cuestiones abstractas, con tantos comités...

—Y tantos grandes títulos en las primeras planas de los periódicos.

—No se le puede molestar con cosas como el señor Lupescu. Después de todo, Bobby no es más que su hijo.

También lo es tuyo, Marjorie.También. Pero para estas cosas

hace falta un hombre.

La habitación estaba caliente y en paz. Alan extendió sus largas piernas y se sintió como en su casa. Marjorie era calmante hasta cuando estaba intranquila. La luz de la lumbre jugaba con su cabello y con las curvas de su blusa.

Un torbellino diminuto entró a toda velocidad, y no se detuvo hasta que

Marjorie dijo:

- Bobby! Saluda al tío Alan como es

debido.

Bobby saludó y se quedó parado, intentando sostenerse en un pie.

-Alan... - dijo Marjorie.

Alan se sentó correctamente e intentó adoptar un aspecto paternal.

—Vamos a ver, Bobby — dijo —: ¿dónde ibas con tanta prisa?

—A ver al señor Lupescu. Generalmente viene por las tardes.

-Tu madre me estuvo hablando de señor Lupescu. Debe de ser una grar

persona.

—¡Oh, ya lo creo, tío Alan! Tiene una nariz roja grandísima y guantes co lorados, ojos colorados..., no como cuando ha estado uno llorando, sino colorados de veras, lo mismo que los tuyos son castaños..., y unas alas pe queñitas encarnadas también, que ale tean, pero que no pueden volar, porque dice que son ruti-mentarias. Y habla lo mismo que..., bueno, no sé imitarlo, pero es cosa grande, eso sí.

—Lupescu es nombre extraño para un padrino del país de las hadas.

—¿Por qué? El señor Lupescu siempre me dice que por qué todas las hadas han de tener nombres irlandeses, puesto que las hay de todas clases, ¿no?

—¡Alan! — dijo Marjorie —. Me parece que no vas por muy buen camino. Le estás hablando con tanta seriedad, que lo va a tomar aún más en serio. Y tú, Bobby, sabes que no lo es. Es una broma que nos estás gastando.

-;Broma! ¿Broma el señor Lupescu?

—Marjorie, no debes... Escucha, Bobby. Tu madre no ha tenido intención de ofenderos, ni a ti ni al señor Lupescu. Es que no cree en lo que no ha visto, y eso no se lo podemos censurar. ¿Qué te parecería si nos llevases



a ella y a mí al jardín, para que también nosotros pudiéramos ver al señor Lupescu? ¿No sería divertido?

Bobby sacudió la cabeza gravemente.

—Para el señor Lupescu, no. No le gustan las personas mayores. No quiere más que a los niños. Y dice que si alguna vez llevo a alguna persona mayor para que le vea, dejará que me agarre Gorgo. Hasta luego. — Y el torbellino desapareció.

Marjorie suspiró.

—¡Al menos demos gracias a Dios porque existe al parecer un Gorgo! No he podido conseguir que Bobby me lo describa muy claramente, pero siempre asegura que el señor Lupescu le cuenta cosas terribles de él. Y si hay alguna dificultad para hacerle comer las verduras o lavarse los dientes, con nombrar a Gorgo se resuelven todas inmediatamente.

Alan se puso en pie.

—No creo que debas preocuparte, Marjorie. El señor Lupescu parece hacer más bien que mal, y una imaginación viva no es una maldición para un chiquillo.

-Tú no has vivido nunca con un se-

nor Lupescu.

—Por vivir en una casa como ésta, correría ese riesgo con mucho gusto, — dijo Alan riéndose —. Pero, perdóname..., ahora tengo que volver a mi pabelloncito solitario y a mi máquina de escribir. En serio: ¿por qué no pides a Roberto que hable al chiquillo?

Marjorie extendió las manos como

diciendo que era imposible.

—Ya lo sé — suspiro Alan —. Siempre tengo yo que cargar con todas las responsabilidades. Y, sin embargo, con quien te casaste fué con Roberto.

Marjorie se echó a reír.

—No lo sé... Sin embargo, Roberto

tiene algo...

El vago ademán con que acompañó sus palabras pareció incluir el Degas auténtico que colgaba sobre la chimenea, el servicio de té de plata maciza y hasta al lacayo con librea, que en aquel momento entró a recogerlo.

El señor Lupescu estaba maravilloso aquella tarde. Tenía en las alas una especie de agitación; no dejaban de moverse.

—Polvo de estrellas — dijo —. Me pica. Me cayó encima en la Vía Láctea. Tengo allí un amigo que ha construído una carretera para coches.

El señor Lupescu tenía una porción

de amigos, y todos ellos hacían cosas en que no le hubiera ocurrido a uno pensar en mil millones de años. Por eso no le gustaban las personas mayores, porque las personas mayores no hacen nada que pueda servir para contar un cuento. O están trabajando o se quedan en casa o son madres o cosas por el estilo.

Y ahora, uno de los amigos del señor Lupescu era capitán de un barco, pero no navegaba por el mar, sino por el Tiempo, y el señor Lupescu navegaba con él; y al volver, contaba lo que estaba pasando en este mismo instante hace quinientos años. Y otro de sus amigos era un ingeniero de radio, que podía sintonizar con todos los reinos de las hadas, y el señor Lupescu no tenía más que darse un tirón de las narices coloradas haciéndoles dar una vuelta como en el cuadrante del aparato, y entonces se oían todos los ruidos de todos los reinos de las hadas. Y luego estaba Gorgo, pero ése no era amigo de nadie, ni siquiera del señor Lupescu.

Estuvieron jugando durante un par de semanas; en realidad, debieron haber sido horas, porque Mademoiselle no lo había llamado a gritos diciendo que ya era hora de cenar, pero el señor Lupescu decía siempre que el Tiempo es una cosa fantástica; y, de pronto, el señor Lupescu dijo, haciendo un ademán como si se atornillase los ojos en-

carnados:

-Bobby, entremos en la casa.

—Pero en la casa hay personas mayores, y a usted no...

—Ya sé que no me gustan. Por eso vamos a entrar en la casa. Vamos, Bobby, porque si no...

¿Qué va uno a hacer cuando no tiene valor ni siquiera para oir pronun-

ciar el nombre de Gorgo?

Entró en el despacho de su padre por la puerta-ventana, aunque había orden estricta de no entrar nunca en aquel despacho, pero las órdenes no

valian para el señor Lupescu.

Su padre estaba en el teléfono diciendo a alguien que procuraría estar para el lunch, pero que tenía una reunión de comité aquella misma mañana, y que ya vería. Mientras estaba hablando, el señor Lupescu se acercó a una mesa, abrió un cajón y sacó de él algo.

Cuando el padre colgó y volvió la cabeza, vió a Bobby primero y se puso

furioso. Dijo:

—Joven, ya nos molestas bastante a tu madre y a mi con todos tus cuentos sobre el señor Lupescu y sus alitas rojas, y si ahora vas a empezar...

Hay que ser bien educado y presentar a las gentes:

-Padre, éste es el señor Lupescu. Y ya ves que tiene de veras alitas coloradas.

El señor Lupescu levantó el revólver que había sacado del cajón y disparó a la cabeza del padre una sola vez. Le hizo un agujerito en la frente y un agujero grande detrás. El padre cayó y estaba muerto.

_Ahora, Bobby — dijo el señor Lupescu -, va a venir una porción de gente que te hará muchísimas preguntas. Y si no dices la verdad exacta de lo que ha sucedido, enviaré a Gorgo para que te atrape. — Y en seguida se marchó por la puerta-ventana que daba al senderito de grava.

—Es un caso curioso, teniente — dijo el médico forense —. Suerte que me he ocupado un poco de psiquiatría. Por lo menos puedo darle unas cuantas indicaciones, mientras hacen ustedes intervenir a los peritos. El niño asegura que su padrino del reino de las hadas disparó contra su padre. Esa afirmación es, sin duda, un mecanismo de evasión, susceptible de dos interpretaciones. A: el padre se suicidió; el niño quedó tan horrorizado al verlo, que se negó a aceptar la realidad e inventó esta explicación. B: el niño disparó contra el padre, digamos que por accidente, y trasladó la responsabilidad a su imaginario amigo. La explicación B tiene, desde luego, implicaciones más siniestras; si el niño sentía rencor hacia su padre y había creado un substituto ideal, bien ha podido hacer que el substituto destruyese al padre real... Estas serían las soluciones al testimonio del único testigo presencial. Cuál es la verdadera, teniente, han de resolverlo las investigaciones de ustedes

acerca de los motivos y la evidencia de los peritos en balística y de las huellas dactilares. El ángulo de la herida concuerda con una y otra.

El hombre de la nariz, los ojos y los guantes rojos, bajó por el senderito de grava y entró en el pabellón. En cuanto estuvo dentro, se quitó el abrigo y arrancó de él las alas y el mecanismo de cuerdas y gomas que las hacía moverse. Las colocó sobre el montón de combustible en la chimenea y encendió la lumbre. Cuando ardió bien, añadió los guantes. Luego se quitó la nariz, amasó la masilla de que estaba hecha, hasta que el rojo de su exterior se desvaneció en el oscuro color neutro de la masa, la metió en una hendidura de la pared y la alisó perfectamente. Entonces se quitó los lentes de contacto rojo irisado que cubrían sus ojos castaños, y entrando en la cocina, buscó un martillo, los redujo a polvo y lo hizo desaparecer en la pileta, soltando el agua.

Alan empezó a escanciar una bebida, mas con sorpresa complacida se dió cuenta de que no la necesitaba. Pero se sintió cansado. Podía tumbarse y recapitularlo todo, desde la invención del señor Lupescu (y de Gorgo y del hombre con la carretera en la Vía Láctea) hasta el éxito de hoy, y saborear el porvenir, cuando la dócil y confiada Marjorie fuera aún más deseable que nunca, ya viuda y heredera de Roberto. Y Bobby necesitaría un

hombre que velase por él.

Alan entró en la alcoba. Varios años pasaron en los pocos segundos que tardó en reconocer lo que le estaba esperando en la cama, pero el Tiempo es cosa fantástica.

Alan no dijo nada.

-¿El señor Lupescu, me figuro? dijo Gorgo. 👁

